

II EDICIÓN

CONCURSO DE MICRORRELATOS

UNIDOS POR GENERACIONES

Comunidad universitaria

Ganador

- Jaime Doyague Hernández

"El padre del padre de mi padre y el hijo del hijo de mi hijo, habían vuelto a discutir. Definitivamente no tendría que haber abierto esa botella"

Accesit 1

- Laura Vilorio Marqués

El lobo

La primera vez que lo vi era una niña y me acompañó mi abuelo.

Caía el arroyo entre las piedras, no dejaba sitio al sedimento, agua pura y cristalina que avanzaba sólo hacia delante.

Caía la nieve entre abedules, entre los robles y las hayas, agua limpia que devolvía al valle su silencio.

Se fue mi abuelo y con él se despidió el bosque.

Ahora caen las hojas de los árboles, y las frutas que aún no ha tirado el viento, ya no hay niños que las roben ni hombres que las coman.

Cae la noche, oscura, negra sobre el monte, ya no hay zorros, ni osos, ni lobos.

Se fue el silencio y llegó el ruido de camiones, coches, tendidos eléctricos y explotaciones.

La primera vez que lo vi, fue la única.

Ahora cae el arroyo entre las piedras, agua sucia, que sólo corre.

Accesit 2

- Jonatán Rodríguez Cabaleiro

Cicatrices

La cicatriz del abuelo, a la altura de un costado, se parece a la que yo tengo en el lado opuesto. La mía, me la hice una primavera que caí del cerezo de la finca cuando accedía a lo más alto; la de él, la descubrí el año pasado cuando lo acompañé a hacer un electro. Él recordó el día en que me clavé la rama tras la caída. «Pensé que te matabas» me dijo.

«¿Y tu cicatriz, abuelo?», insistí. «Sobre esta cicatriz estás cansado de leer en los libros, pero ¿a que no la habías visto en carne?». Yo sé que estuvo en la guerra, en la batalla de Ebro, contaba mi madre.

Eché cuentas, debíamos tener la misma edad cuando nos herimos. Me pilló: «Deja de hacer números y aprende de todas las heridas».

Mayores de 60 años

Ganador

- Emilio Geijo Rodríguez

SEISUÑAS

La noche de la fiesta, después de cenar, mi padre me dijo: “No quiero verte con ese *Seisuñas*, amigo tuyo”. Me miraron en silencio, después, mi abuelo maldijo el calor y salió a la puerta de la calle a fumar. Llegaba amortiguada e incitante la música de la verbena pero mi padre se fue a acarrear para la era. “Nos hicieron mucho daño”, me susurró mi madre. De pronto, oímos a quemado, la campana de la iglesia repicó nerviosa y la música cesó. Mi abuelo y mi madre salieron corriendo. “Tú, aquí quieto”, me dijeron. Asustado, vi el resplandor del fuego embravecido detrás de la chopera, donde la casa de *Seisuñas*, y el humo espeso nublando las estrellas. De madrugada, cuando solo quedó el olor a quemado, volvieron. Mi padre sudoroso y tiznado traía de la mano a *Seisuñas*. “No te importará que duerma en tu cama, ¿verdad?”

Accesit 1

- JOSÉ ANTONIO VALLEJO ALLER

OÍDOS SORDOS

—¿Vas a salir? No vuelvas a las tantas, como acostumbras. Tienes que empezar a sentar cabeza.

El muchacho hacía esfuerzos por contenerse. Le desagradaba profundamente aquella conversación, tan repetida. Bueno, aquel monólogo, más bien, porque en semejantes ocasiones solo uno hablaba, en tanto que el otro se limitaba a escuchar, con gesto hosco.

—Cuando tuviste la oportunidad, no quisiste estudiar, y así te ha ido. Vivir a salto de mata, eso es lo que has hecho hasta ahora, y es lo que te espera. ¿Qué diría mamá, si levantase la cabeza?

Enrojecía de ira. Ya no era un niño. ¿Con qué derecho se entrometía el otro en su vida?

Salió dando un portazo. Mientras bajaba apresuradamente las escaleras, aún pudo oír los gritos del otro, tras la puerta:

—¡Y te lo repito, no vuelvas a las tantas! ¡Respetá, al menos, el derecho a dormir de los demás! ¿Oyes, papá?

Accesit 2

- Joaquín Serrano Serrano

No sé, señorita, si es bueno hablarle así a la niña. No tiene aún catorce años, le faltan tres semanas; se lo recordé en la última confesión, que no se precipitara, pero ella me dijo que la prisa era de su señorita, que le había buscado un señor tan engolado, al que no podía querer. Le dije que tomara a su madre como intermediaria, pero dice que está muy subordinada a su señorita. También me dijo que su señorita había utilizado vocablos muy gruesos con ella: *carroña*, *mocosa*, *estúpida*, *llorona*. Filósofos del siglo hablan del libre albedrío, más aún al elegir compañero de por vida. Y de vuesa señorita dice que la amenazó con llevarla a rastras a la iglesia de San Pedro. Si ocurre algo irreparable, ¿a quién dejará apellido y hacienda? Imagínese, señorita, que su niña quisiera a otro, aunque fuera de la familia de su peor enemigo.